

Universidad, Estado e intelectuales en El Salvador: encuentros y desencuentros

Carlos Gregorio López Bernal

El quehacer universitario, sobre todo el de una universidad pública, es importante para el desarrollo de país. Es más, las posibilidades de progreso de un país dependen en mucho de la clase de universidad pública que tenga. Esta tesis, válida en términos generales, debe contrastarse con la evidencia histórica. Al hacerlo, es posible descubrir momentos en que Universidad, Estado e intelectuales se encuentran y se convierten en factores de desarrollo. A la inversa, es posible ver que cuando se distancian, el desarrollo se dificulta y la sociedad, como un todo, pierde.

Para ilustrar este problema, tomaré dos momentos históricos. Uno que va de 1870 a 1920, enmarcado en la consolidación

de un modelo agroexportador, y otro que se da a mediados del siglo XX, en el cual se buscó desarrollar una industria de sustitución de importaciones. Al final haré unas consideraciones sobre la historia reciente de la Universidad de El Salvador.

Me referiré con más detalle al primero, pues es el que mejor conozco. El último tercio del siglo XIX fue determinante para definir el rumbo del país. En 1871, una facción liberal derrocó al presidente Francisco Dueñas e inició una serie de cambios, que hoy conocemos como las «reformas liberales». Estas tuvieron tres ejes:

1. El político: una efectiva centralización del poder, en tanto que la elite definió claramente sus líneas

de acción. Las disputas no podían ir más allá de sus intereses de clase.

2. El económico: mediante una serie de acciones —a veces impulsadas por el usufructo del aparato estatal— se garantizó las mejores condiciones posibles al desarrollo de la agricultura de exportación: construcción de infraestructura, policía, acceso a mano de obra, acceso a la tierra.
3. El cultural: cuyo objetivo era la secularización de la sociedad e impulsar el país hacia una modernidad de corte eurocéntrico.¹

En todo este proceso es posible encontrar la impronta de los intelectuales de la época, la mayoría de ellos ligados orgánicamente a la Universidad de El Salvador.

Bradford Burns afirma que la prosperidad y la estabilidad de

1 Véase, Carlos Gregorio López Bernal, "De Intendencia a Estado nacional: Un balance de la historia política salvadoreña, 1786-1890", en *Poder, actores sociales y conflictividad, El Salvador: 1786-1972*, (ed.) Carlos Gregorio López Bernal (San Salvador: Dirección nacional de investigaciones en cultura y artes, SECULTURA, 2011), pp. 85-92.

esos años propiciaron una «modernización selectiva», que seguía los modelos del Atlántico Norte. Los intelectuales salvadoreños de la época fueron los encargados de apropiarse del modelo, articularlo de manera coherente, de modo que fuera atractivo para la sociedad.² ¿Qué entendemos por intelectuales? Individuos que independientemente de su profesión dedican buena parte de su tiempo a la reflexión sobre los problemas del país y a la difusión de sus ideas a través de diferentes medios.

Para los años en que los liberales se apoderaron definitivamente del poder, ya existía una pequeña comunidad de intelectuales que se ensanchó gracias al crecimiento económico que produjo la caficultura, y que construyó en la Universidad un ambiente de trabajo adecuado a sus inquietudes y capacidades. La importancia de estos hombres no reside en su número, sino en el peso que su pensamiento tuvo para justificar y promover el proyecto que el grupo en el poder impulsaba. Entre los más destacados intelectuales de esos años se pueden mencionar a:

2 Edward Bradford Burns, "La infraestructura intelectual de la modernización en El Salvador, 1870-1900," en *Lecturas de historia de Centroamérica*, Luis René Cáceres (ed.). San José: BCIE-Educa, 1989.

Francisco E. Galindo, Darío González, Irineo Chacón, José María Cáceres, Jorge Lardé, Santiago I. Barberena, Alberto Sánchez, David J. Guzmán, Rafael Reyes, Antonio Cevallos, Vicente Acosta, Francisco Castañeda, Francisco Gavidia y otros.

Los intelectuales salvadoreños estuvieron muy identificados con el pensamiento modernizante del grupo dominante. Esto no es sorprendente; en buena medida ellos fueron beneficiarios del desarrollo que la caficultura promovió. Sin embargo, esta relación no fue de absoluta armonía; rupturas y disidencias no faltaron, pero en general predominó la tolerancia y la cooperación. El trabajo de esa intelectualidad abarcó desde la educación, el periodismo, la historia, la investigación científica hasta la literatura. Casi todos ejercieron en algún momento la docencia.

La mayor parte de la obra de estos individuos se da en las últimas décadas del siglo XIX y en las primeras del XX.³ Su produc-

3 Miguel Ángel Durán, *Historia de la Universidad de El Salvador, 1841-1930*, 2a ed., Colección Tlatoli. San Salvador: Editorial Universitaria, 1975, pp. 121-56. Durán, califica este periodo como transición de la “universidad claustral” a la “universidad científica”, un calificativo absoluta-

ción fue de carácter enciclopédico; investigaban sobre lingüística, arqueología, matemáticas, sociología, vulcanología, meteorología, botánica, etc. Varios de ellos fueron galardonados en el extranjero y aceptados como miembros de importantes academias de ciencias europeas y americanas. Hubo algunos que se destacaron más en la vida política, como Cruz Ulloa, Francisco Castañeda y Francisco Esteban Galindo.

El dinamismo intelectual de esos años fue estimulado por la labor desarrollada por la Universidad de El Salvador que para entonces ya había superado su infancia y comenzaba a proyectarse como una institución productora de ciencia. Pero otro factor importante fue el intercambio académico que estos hombres tuvieron con sociedades científicas, academias y universidades de Europa, Estados Unidos e Hispanoamérica. A menudo se tiene la idea de que El Salvador de finales del siglo XIX estaba muy aislado del mundo; no es así, al menos la elite intelectual estaba bien comunicada con el exterior y mantenía intensos intercambios de correspondencia. El desfase temporal, si lo había, no iba más allá del tiempo que mente válido a juzgar por la cantidad y calidad de la investigación realizada.

tardaba un barco desde Europa en traer libros, periódicos, revistas y correspondencia. Por ejemplo, una rápida revisión de la “Miscelánea” de Santiago I. Barberena en las colecciones especiales de la biblioteca de la UES, evidencia el intenso y fluido intercambio que Barberena tenía con científicos de diferentes países.

¿Cuáles eran las tareas de estos intelectuales en ese momento histórico? Burns considera que para entonces la sociedad salvadoreña se había vuelto más compleja. Surgía entonces, “la necesidad política y social de definir a la nación, de racionalizar y legitimar su gobierno; de explorar, registrar e interpretar sus experiencias pasadas y presentes; y de sugerir rumbos para el futuro”⁴. Estas eran las tareas de los intelectuales; válidas en tanto que estos se ocupan en la reflexión de los problemas del país, pero también de la búsqueda de horizontes de desarrollo futuro.

Los intelectuales deben hacer llegar su pensamiento al grueso de la sociedad, para ello requieren de espacios y modalidades de acción. Para esos años contaban con los siguientes:

- Las instituciones públicas:

4 Burns, "La infraestructura intelectual," p. 566.

Universidad, colegios de educación media, ministerios, Biblioteca Nacional, Teatro Nacional, Diario Oficial, etc.

- Los espacios brindados por las academias, sociedades científico-literarias, clubes y sociedades mutuales de artesanos y obreros. La mayor parte de estas instituciones dependían del mecenazgo, ya fuese gubernamental o de personajes adinerados, pero siempre estaban dispuestas a escuchar la voz autorizada de los académicos.
- Los medios impresos: periódicos, revistas, libros, etc.

La labor de investigación y divulgación de estos individuos se facilitó porque casi siempre estuvieron vinculados a instituciones públicas y contaron con el apoyo del Estado. En general, no ocuparon puestos de poder importantes, pero contaron con un empleo relativamente seguro y pudieron dedicarse sin mayores preocupaciones a sus estudios. Por otra parte, los cambios políticos no les afectaban mayor cosa, a menos que estuvieran directamente involucrados. En todo caso, aún los gobiernos más represivos e intolerantes no podían prescindir por completo de los intelectuales, por lo tanto

debían concederles un mínimo de libertades para desarrollar su trabajo. De lo contrario, se arriesgaban a dejar el aparato estatal acéfalo.

En este contexto, el trabajo de la Universidad se vuelve clave para el desarrollo del país; por ejemplo, en la formación de profesionales en medicina, derecho e ingeniería. Pero también en la investigación científica y la labor de divulgación. Destaca el trabajo de Darío González, David Joaquín Guzmán, Alberto Sánchez, Santiago I. Barberena, Francisco Esteban Galindo y muchos otros. Todos ellos combinaron la docencia con la investigación y la divulgación. Esta última realizada por medio de la revista *La Universidad* y otras publicaciones.⁵

Esa coincidencia entre Estado, Universidad e intelectualidad dio como resultado un periodo de relativa estabilidad política y marcado desarrollo. En general, la historia política del país en el siglo XIX fue turbulenta. Sin embargo, para finales del siglo XIX la política se había atemperado. Es más, a inicios de la segunda década del siglo XX parecía que la de-

5 Para un panorama de las publicaciones de la época, véase Italo López Vallecillos, *El periodismo en El Salvador* (2a ed.). San Salvador: UCA Editores, 1987.

mocracia por fin se hacía realidad. Efectivamente, en 1911 ascendió a la presidencia el Dr. Manuel Enrique Araujo, un acaudalado médico y cafetalero que llegó al poder con un inusitado apoyo popular y que rápidamente puso en marcha un programa de reformas de mercado contenido social, que fue bruscamente cortado por el asesinato del presidente en 1913.⁶

En el campo económico el panorama era lisonjero. El café se había consolidado como el principal producto de exportación y fuente de riqueza para las principales familias, pero dejaba aún espacio para los pequeños y medianos productores. Aunque el país ya conocía los problemas derivados de las caídas de precios (la última crisis de precios se había dado en 1898), las ganancias acumuladas y sobre todo el optimismo a futuro daban suficientes razones para creer que la economía del país iba en el rumbo correcto. Tan es así que en las primeras dos décadas del siglo, el café continuó expandiéndose hasta el oriente del país.⁷ Parte de esta sostenida

6 Sobre el breve gobierno de Araujo, véase John C. Chasteen, "Manuel Enrique Araujo and the Failure of Reform in El Salvador, 1911-1913," *South-eastern Latin Americanist*, no. 2 (1984).

7 Véase, Aldo Lauria San-

expansión se debió a la privatización de tierras ejidales y comunales, cuya repartición había ampliado las oportunidades de inversión, sin que los efectos negativos del proceso (concentración de la propiedad, minifundios, y proletarización campesina) se hicieran sentir de manera alarmante.

Entre 1870 y 1920, El Salvador construyó obras de infraestructura que favorecieron y a la vez fueron producto del auge cafetalero. Carreteras, puertos, ferrocarriles, edificios públicos y telecomunicaciones se fueron construyendo independientemente de los cambios políticos, al grado que para inicios del siglo XX, El Salvador contaba con una infraestructura que coadyuvaba al crecimiento de la economía y a una mejor administración y control territorial.⁸ Fue también en esos años

tiago, "Historia regional del café en El Salvador," *Revista de Historia*, no. 38 (1998), y Oscar Antonio Campos, "Cafetaleros de Santiago de María: La formación de un poder microrregional en la sierra de Tecapa de Usulután, 1874-1917". Tesis de licenciatura, Universidad Tecnológica de El Salvador, 2006.

8 Véase Carlos Gregorio López Bernal, *Tradiciones inventadas y discursos nacionalistas: El imaginario nacional de la época liberal en El Salvador, 1876-1932*, 1a

que en San Salvador se construyeron importantes edificios públicos y plazas que todavía hoy son parte central del paisaje urbano, por ejemplo el Palacio Nacional, Teatro Nacional, Plaza Morazán, Plaza Libertad, Campo de Marte, etc. En su conjunto, infraestructura y paisaje urbano daban una imagen de modernidad y progreso que satisfacía ampliamente a las clases dirigentes e incluso a importantes grupos subalternos urbanos, impresión compartida por los viajeros de la época.⁹

Esa imagen positiva del país también era reflejo del trabajo de la elite intelectual. Efectivamente, entre 1870 y 1920, El Salvador contó con una comunidad intelectual de primer nivel, que destacó no solo en el campo de la ciencia, sino que construyó una

ed. (San Salvador: Editorial Universitaria, 2007), pp. 53-61.

9 Por ejemplo, Dana Gardner Munro, *Las cinco repúblicas de Centroamérica*, trad. Jeanina Umaña Aguilar, 1a ed., Colección Retorno San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica- Plumsock Mesoamerican Studies, 2003; y Maurice De Perigny, "Salvador," en *El Salvador de 1840 a 1935: estudiado y analizado por los extranjeros*, (ed.) Rafael Menjívar y Rafael Guídos Véjar. San Salvador: UCA Editores, 1985.

especie de “república letrada” en la que las academias, sociedades literarias y prensa promovían una cultura en sintonía con los modelos europeos en boga.¹⁰

No se pretende en estas páginas discutir hasta qué punto esa optimista visión de progreso y modernidad era cierta. Posiblemente, una parte de ella estaba construida más sobre percepciones que sobre datos objetivos. En todo caso, la crisis económica y social de finales de la década de 1920 demostró lo endebles que eran las bases de aquel proyecto de país, pero esa debilidad no debe impedir reconocer los enormes avances logrados.

En la historia republicana del país hay dos momentos en los cuales ha habido una plena coincidencia y articulación de agendas entre la elite dirigente y los intelectuales para impulsar un proyecto de desarrollo. El primero se dio en el último cuarto del siglo XIX, en el marco de la expansión de la caficultura y en el cual se buscaba

10 Véase el pionero estudio de Burns, "La infraestructura intelectual." Para una mirada más crítica al respecto, Iván Molina Jiménez, "Cultura impresa e identidad nacional en El Salvador a fines del siglo XIX. Una perspectiva comparativa," *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, no. 38 (2001).

lograr una plena inserción del país al mercado internacional por medio de la agroexportación.

El segundo se produjo en las décadas de 1950 y 1960, cuando se buscaba la modernización política y económica a través de la industria de sustitución de importaciones, la integración económica regional y una cierta apertura política dirigida por los militares entonces en el poder.¹¹ La UES fue parte de este proceso. En esos años se fundó la Facultad de Economía, se renuevan las ingenierías, la Facultad de Medicina se fortalece y se crea el Instituto Tropical de Investigaciones Científicas. No en balde se habla de ese periodo como “los

11 Aún no se tienen suficientes estudios sobre este periodo. Sugeren-tes acercamientos al tema aparecen Roberto Turcios, *Autoritarismo y modernización* (2a ed.). San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2003; Jorge Cáceres Prendes, "Discourses of Reformism: El Salvador, 1944-1960". Tesis doctoral, University of Texas, 1995; Joaquín Chávez M., "The Pedagogy of Revolution: Popular Intellectuals and the Origins of the Salvadorean Insurgency, 1960-1980". Tesis doctoral, New York University, 2010, caps. 1 y 2, y Héctor Lindo Fuentes y Erik Ching, *Modernizing Minds in El Salvador: Education Reform and the Cold War, 1960-1980*, (1a ed.) Albuquerque: University of New Mexico Press, 2012.

años dorados” de la UES.

El modelo agroexportador de finales del XIX se realizó plenamente y colapsó en 1930 con la crisis del capitalismo. El segundo no logró pleno desarrollo; la industria nunca se desarrolló lo suficiente como para romper el dominio de la agroexportación y la construcción de un mercado regional integrador de las economías centroamericanas se hundió con la guerra entre Honduras y El Salvador en 1969.

Una valoración sobre los significados sociales de ambos proyectos escapa a los alcances de esta charla; más me interesa señalar que en ambos casos, la participación de los intelectuales, y por ende de la Universidad de El Salvador, fue determinante.

Y es que entre nosotros es común asociar la historia de la UES con una historia de lucha y compromiso político. Ciertamente que hay mucho de eso; el problema es que por esa vía se tiende a ver la oposición o confrontación Universidad-Gobierno o peor aún, Universidad-Estado como algo obligatorio, casi fatal. Esto sucede porque se tiende a confundir la historia de la UES de las últimas décadas, sobre todo de las décadas 70 y 80, con la historia de la UES como un todo.

Ciertamente que ha habido momentos de conflicto en los que la institución ha debido confrontar al poder político y económico del país, y si la Universidad no lo hubiera hecho habría faltado a su responsabilidad histórica; pero también ha habido momentos en que la Universidad se ha sentido identificada con proyectos de desarrollo o de reforma impulsados desde el Estado y ha trabajado hombro a hombro con este para impulsarlos. Y estos momentos de confluencia han sido positivos para la Universidad, en tanto que se ha beneficiado con mayores recursos, pero también para el país porque este se ha favorecido con el aporte científico de la institución.

Ahora bien, esos momentos de acercamiento no han sido producto de la casualidad. Cuando se han dado ha sido porque las elites dirigentes nacionales y universitarias han tenido un verdadero proyecto de desarrollo, en el cual cada parte aporta desde su especificidad. No importa si el modelo era la agroexportación de corte liberal, como sucedió a finales del XIX, o la industrialización por sustitución de importaciones al estilo Cepal de mediados del siglo XX. Lo importante es que había un horizonte a seguir.

El divorcio UES-Estado proviene no solo del autoritaris-

mo y las ideologías. Ciertamente que desde la década de 1960, pero sobre todo en las dos siguientes, Estado y Universidad tomaron caminos distintos. Las diferencias ya eran tan grandes que no había posibilidades de encuentro. El problema es que el país salió de la guerra por la vía negociada; las partes beligerantes firmaron un acuerdo de paz que se esperaba fuera el inicio de la reconciliación nacional, pero dejaron por fuera a la Universidad.

Se dedicaron ingentes recursos a la reconstrucción del país, pero no a la reconstrucción de la Universidad. La rehabilitación de la infraestructura física de la UES debió esperar hasta 2002; la académica todavía está pendiente, o al menos no ha avanzado lo suficiente. Los gobiernos de la postguerra deslumbrados por el neoliberalismo, pugnaban por la reducción del gasto público en un país que nunca se ha distinguido por invertir en la gente. En tales condiciones, solo la habilidad política y el prestigio de las autoridades universitarias, más el acompañamiento de la comunidad, podían conseguir mínimos aumentos presupuestarios.

Hoy que se da un relevo en el ejecutivo, el Estado salvadoreño enfrenta crecientes demandas con recursos escasos. Al hacer el or-

den de prioridades, la educación, incluyendo la superior es relegada a segundo término. Desgraciadamente, en este punto, destaca más la continuidad que el cambio.

Una explicación a esta aparente paradoja podría estar en el hecho que, a diferencia de los casos someramente expuestos en esta charla, El Salvador de la postguerra aún no tiene un proyecto nacional definido con meridiana claridad, y por su parte, la Universidad de El Salvador tampoco ha tenido un proyecto académico definido y asumido como tal por la comunidad universitaria. Por lo tanto, no existe una agenda común a la cual apostarle, como sí sucedió en el pasado.

Mientras esas limitantes no se superen, Estado y Universidad tendrán encuentros más bien obligados, que posiblemente den como resultado algún aumento del presupuesto de la UES, pero no más. Con lo cual, el trabajo de la Universidad queda limitado mayoritariamente a la docencia, es decir, a la formación de profesionales, dejando muy pocos recursos para la proyección social y la investigación.

Formar profesionales es lo que hacen la mayoría de universidades privadas del país. Podrá discutirse quién los forma mejor, pero nada más. El punto en el que

una universidad pública puede hacer la diferencia es en la investigación. Mientras esta siga siendo marginal, el impacto del quehacer universitario en la sociedad será muy limitado.

Superar esta situación requiere que el Estado salvadoreño, no el gobierno en función, defina una "apuesta estratégica" de desarrollo de largo aliento y que considere en ella a la Universidad como actor de primer orden, para que juntos establezcan una agenda de trabajo, que contenga los recursos necesarios y los productos a presentar.

Pero también se requiere que la UES lleve a cabo una verdadera reforma, concebida para poner a la Universidad en capacidad de aportar al desarrollo del país, lo cual implica pensar al menos en un plazo de veinticinco años. Esto fue lo que explícita o implícitamente se hizo a finales del siglo XIX y a mediados del XX; los resultados fueron evidentes. La Universidad se fortaleció y el país avanzó... La historia demuestra que si se hizo antes, es posible hacerlo de nuevo.

Bibliografía

- Burns, Edward Bradford. "La infraestructura intelectual de la modernización en El Salvador, 1870-1900." En *Lecturas de historia de Centroamérica*, (Ed.) Luis René Cáceres, 565-91. San José: BCIE-EDUCA, 1989.
- Cáceres Prendes, Jorge. "Discourses of Reformism: El Salvador, 1944-1960." Tesis doctoral, University of Texas, 1995.
- Campos, Oscar Antonio. "Cafetaleros de Santiago de María: La formación de un poder microrregional en la sierra de Tecapa de Usulután, 1874-1917." Tesis de licenciatura, Universidad Tecnológica de El Salvador, 2006.
- Chasteen, John C. "Manuel Enrique Araujo and the Failure of Reform in El Salvador, 1911-1913." *South-eastern Latin Americanist* no. 2 (1984): 1-16.
- Chávez M., Joaquín. "The Pedagogy of Revolution: Popular Intellectuals and the Origins of the Salvadorean Insurgency, 1960-1980." Tesis doctoral, New York University, 2010.

- De Perigny, Maurice. "Salvador." En *El Salvador de 1840 a 1935: estudiado y analizado por los extranjeros*, (Ed.) Rafael Menjívar y Rafael Guidos Véjar, 93-114. San Salvador: UCA Editores, 1985.
- Durán, Miguel Ángel. *Historia de la Universidad de El Salvador, 1841-1930*. 2a ed, Colección Tlatoli. San Salvador: Editorial Universitaria, 1975.
- Lauría Santiago, Aldo. "Historia regional del café en El Salvador." *Revista de Historia* no. 38 (1998).
- Lindo Fuentes, Héctor y Erik Ching. *Modernizing Minds in El Salvador. Education Reform and the Cold War, 1960-1980*. 1a ed. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2012.
- López Bernal, Carlos Gregorio. "De Intendencia a Estado nacional: Un balance de la historia política salvadoreña, 1786-1890." En *Poder, actores sociales y conflictividad, El Salvador: 1786-1972*, (Ed.) Carlos Gregorio López Bernal, 59-100. San Salvador: Dirección nacional de investigaciones en cultura y artes, Secultura, 2011.
- . *Tradiciones inventadas y discursos nacionalistas: El imaginario nacional de la época liberal en El Salvador, 1876-1932*. 1a ed. San Salvador: Editorial Universitaria, 2007.
- López Vallecillos, Italo. *El periodismo en El Salvador*. 2a ed. San Salvador: UCA Editores, 1987.
- Molina Jiménez, Iván. "Cultura impresa e identidad nacional en El Salvador a fines del siglo XIX. Una perspectiva comparativa." *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas* no. 38 (2001): 131-55.
- Munro, Dana Gardner. *Las cinco repúblicas de Centroamérica*. Trad. Jeanina Umaña Aguilar. 1a ed, Colección Retorno. San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica-Plumsock Mesoamerican Studies, 2003.
- Turcios, Roberto. *Autoritarismo y modernización*. 2a ed. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2003.

